

crucificado, no por la sublimidad de vuestros discursos, sino por la ciencia del Espíritu, y no ceséis jamás de llamar á los que se desvian del camino de la salud, y de exhortarlos á todos en la sana doctrina.

Mas, cuando seais los dispensadores de los sagrados misterios y de la gracia multiforme de Dios, proveed al pueblo cristiano que os está confiado, de todos los tesoros de los Sacramentos, y sobre todo a los enfermos; que ningun alivio les falte jamás, a fin de que, luchando mas fácilmente con la muerte, escapen de los lazos del demonio y eviten sus redes.

Haciendo esto, no rehuséis dar a beber la leche a los pequeñitos; muy al contrario, que nada os sea tan caro como enseñar con paciencia y con cuidado a los niños, los primeros principios de la fe y la disciplina de las costumbres, y formarlos en la piedad, así como en la práctica de todas las virtudes.

Así, pues, llevando con un gran celo a vuestros obispos vuestro trabajo auxiliar y obediéndolos con el respeto que les es debido, aplicaos a hacer todo lo posible a fin de curar todo lo que esté enfermo en cada una de vuestras parroquias, de unir lo que esté roto, de levantar lo que esté caído, de buscar lo que se haya perdido, para que en todo Dios sea honrado con Jesucristo, Nuestro Señor.

Elevad vuestras almas, pensad en la gloria inmarcesible que el Señor, justo juez, os dará, si encuentra en vosotros obreros de quienes no tenga que avergonzarse en ese gran día, muy amargo para los malvados, pero alegre y muy alegre para los justos.

Que este pensamiento os anime a llenar bien las funciones de vuestro propio ministerio, que os aliente para llevar vuestros trabajos, que os afirme en el cumplimiento de los mandamientos de Dios y de su Iglesia. No ceséis de ofrecer a Dios vuestras mas fervientes oraciones por el triunfo de su Iglesia, por la paz y la salud de todos los hombres; orad continuamente, a fin de que Él secunde vuestros trabajos con

su gracia divina, para sacar siempre la mayor gloria de su santo nombre.

Y a fin de que Dios se ablande mas fácilmente a vuestros votos, tomad por intercesores cerca de Él, primero a la Inmaculada Madre de Dios, la Virgen María, cuya proteccion es tan poderosa y cuya ternura maternal para nosotros es tan grande; despues a los Bienaventurados, sobre todo a los apóstoles Pedro y Pablo, y a todos los habitantes de los cielos, que habiendo seguido las huellas de Cristo, han obtenido ya la corona triunfal, y que recibiendo siempre con un oído propicio nuestros votos y nuestras oraciones, rueguen ellos mismos por nosotros, a fin de que seamos un dia dignos de participar de su gloria.

En fin, muy queridos Hijos, os damos con amor, de lo mas íntimo de nuestro corazon, a vosotros y a los fieles confiados a vuestra vigilancia, como señal de nuestra viva afeccion, la bendicion apostólica, prenda de todos los dones celestiales; os concedemos ademas, con gozo, a todos vosotros que venidos de países diversos, estais aquí presentes, el poder de dar una vez, el dia que fijará para esto cada uno de vuestros obispos, la bendicion apostólica con aplicacion de una indulgencia plenaria a los fieles confiados a vuestros cuidados espirituales, con tal de que estos mismos fieles, purificados por la confesion sacramental y alimentados con el Pan sagrado, dirijan a Dios fervientes oraciones por la exaltacion y el triunfo de la Santa Madre Iglesia.

Al pronunciar esta bella alocucion, el Santo Padre estaba visiblemente conmovido. Esta asamblea tan numerosa de hombres absolutamente sometidos a su palabra, absolutamente adictos a su persona, servidores humildes y consagrados de la Iglesia, y que en lo de adelante van a mezclar el nombre y el recuerdo de Pio IX en todas sus obras, son para el Soberano Pontífice una indemnizacion de los ultrajes que recibe por tantas partes. Es cierto, es evidente que él tiene un gran pueblo consigo; este pueblo no está circunscrito en

obediencia hacia nosotros y a la Cátedra apostólica, que ver cuán caros son a sus pastores los derechos de la unidad católica, y contemplar a estos mismos pastores atravesando los vastos espacios de la tierra y de los mares sin ningún cuidado de los inconvenientes del viaje para volar hacia Roma y hacia la Cátedra apostólica, a fin de venerar, en nuestra humilde persona, al sucesor de Pedro y al Vicario de Jesucristo acá en la tierra?

Esta autoridad de ejemplo les hará reconocer mucho mejor que las enseñanzas más sutiles, cuán llenos deben estar de veneración, de deferencia, de sumisión hacia Nosotros, y cómo en la persona de Pedro, se nos ha dicho por Nuestro Señor Jesucristo: «Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos;» y cómo, por estas palabras, nos han sido confiados el cuidado y el poder supremo sobre la Iglesia universal.

Aún más, Venerables Hermanos, vosotros mismos, al cumplir vuestro sagrado ministerio, obtendréis un fruto excelente de esta deferencia hacia la Sede apostólica. En efecto, mientras más os unan a la piedra angular del edificio místico, los lazos de la fe, de la ternura y del amor, mas también como nos lo enseña la memoria de todas las edades de la Iglesia, os sentiréis revestidos de esta fuerza y de este valor que exigen la grandeza de vuestro encargo, contra los asaltos del enemigo y las adversidades de la fortuna. No es otra cosa la que quiso comprender Nuestro Señor Jesucristo, cuando dió a Pedro el cuidado de sostener la firmeza de sus hermanos: «Yo, dice Él, he orado por tí, a fin de que no desfallezca tu fe; y cuando te hayas convertido, confirma en ella a tus hermanos.» En efecto, como lo indica San Leon el Grande, «el Señor toma un cuidado particular por Pedro, y ora especialmente por la fe de éste como si la condición de los otros fuese más segura, no siendo vencido el valor de su príncipe. En Pedro, pues, se deposita toda la arrogancia, y el auxilio de la gracia divina está de tal manera coordinado,

que la firmeza concedida por Cristo a Pedro, está conferida por Pedro a los demás apóstoles.» *

Por esto hemos estado siempre persuadidos de que no podía suceder que esta fuerza con que Pedro ha sido colmado por un don especial del Señor, no se comunicase en vosotros siempre que os acercaseis a la persona de Pedro, viviendo en sus sucesores, ó aun solamente cuando llegaseis a esta ciudad que el Príncipe de los apóstoles ha regado con sus sudores y su sangre triunfal. Aun más, Venerables Hermanos, jamás hemos dudado que de este sepulcro mismo donde reposan las cenizas del bienaventurado Pedro en medio de la veneración eterna del universo, no salga un cierto poder oculto, una virtud saludable que inspire a los pastores del rebaño del Señor las fuertes empresas, los grandes designios, los sentimientos magnánimos, y gracias a la que sus fuerzas restauradas impongan a la audacia impudente de los enemigos, desigual a la virtud y al poder de la unidad católica una derrota y una ruina cierta en un combate desigual.

¿Por qué, en efecto, lo hemos de disimular? Venerables Hermanos, hé aquí que hace mucho tiempo que nosotros estamos en el campo de batalla y que luchamos por la defensa de la religión y de la justicia, contra enemigos pérfidos y encarnizados: el combate es tan prolongado, tan formidable, que todas las fuerzas reunidas de la milicia sagrada parecen apenas ser suficientes a resistirlo. En cuanto a nosotros, combatiendo por la causa de la Iglesia, por la libertad y por los derechos de nuestro cargo supremo, hasta aquí hemos escapado de peligros mortales, gracias a los auxilios de Dios Todopoderoso.

Mas aun cuando nosotros hemos sido arrastrados y movidos por vientos y olas contrarias, no temíamos el naufragio, porque la asistencia presente de Nuestro Señor Jesucristo no nos permite temerlo; pero nos hemos afligido, con un íntimo dolor, a la vista de tantas doctrinas nuevas y mons-

* Ser. III, in aniv., an. suo.

truosas, de tantos crímenes é impiedades cometidos contra la Iglesia y la Sede Apostólica.

Nosotros los hemos ya condenado y reprobado en otra parte, * y de nuevo las condenamos y reprobamos públicamente, hoy, para cumplir con los deberes de nuestro encargo.

Sin embargo, en las circunstancias actuales y en medio del gozo que nos procura vuestra presencia, queremos evitar el recuerdo de tantos cuidados, de tantas penas y angustias que torturan y desgarran nuestro corazón con graves y continuas heridas.

Las llevaremos mas bien sobre los altares que hemos tantas veces cargado con nuestras oraciones y regado con nuestras lágrimas. Nosotros manifestaremos, desahogaremos de nuevo, con nuestras súplicas reiteradas, todos estos sufrimientos en el seno de la misericordia del Padre celestial, fiándoos sin reserva en Aquel que sabe y que puede procurar la gloria y la salvación de su Iglesia, y que haciendo justicia a todos aquellos a quienes injurian por nuestra causa, y a todos los que nos son adversarios, pronuncie en un día determinado su justo juicio.

Sin embargo, vosotros, Venerables Hermanos, comprenderéis, con vuestra sabiduría experimentada, cuán importante es, para oponerse a los designios de los impíos y para reparar los desastres de la Iglesia, que vuestro acuerdo unánime con nosotros y con esta Sede apostólica brille siempre más y se arraigue más poderosamente de día en día. Además, este amor de la unión católica, que cuando está fijo en las almas, quiere extenderse mas allá por la autoridad de otro, este amor, seguramente, no os permitirá descansar hasta que hayais conducido por todos vuestros esfuerzos a esta misma concordia universal, a esta comunidad indestructible de la fe, de la esperanza y de la caridad, a todos los eclesiásticos a quienes prisidís y a los fieles que os están confiados.

* Alloc. consist. 29 de Octubre 1866.

Ciertamente no puede haber espectáculo mas bello, a los ojos de los ángeles y de los hombres, que reproducir en esta peregrinación que nos conduce de la tierra del destierro a la patria, la imagen fiel de esta peregrinación que las doce tribus de Israel verificaron en su comun viaje hacia las felices regiones de la tierra prometida. Ellas marchaban todas juntamente, cada una dirigida por sus gefes, distinta por su nombre, dividida por su lugar en el campo; cada familia obedecía a sus padres, cada tropa de guerreros a sus capitanes; la multitud obedecía al príncipe, y por tanto no habia en todas estas razas sino un solo pueblo que adoraba al mismo Dios y oraba en el mismo altar; un solo pueblo sujeto a las mismas leyes, al mismo soberano Pontífice Aaron, al mismo enviado de Dios, Moisés; un solo pueblo, usando de un mismo derecho en los trabajos de la guerra y los frutos de la victoria; un solo pueblo, en fin, que viviendo bajo las mismas tiendas, alimentándose con un alimento maravilloso, aspiraba en sus votos unánimes, a un mismo objeto.

Ciertamente, nosotros sabemos que vosotros tendréis sumo cuidado en guardar perpetuamente esta unión; nos habeis dado de esto bastantes pruebas con vuestra fe y con vuestra concordia. Esto es lo que nos garantizan vuestra gran integridad, vuestra eminente virtud que brillan siempre semejantes a sí mismas y superiores a todos los peligros; esto es lo que nos garantizan este gran celo y este infatigable ardor que os compelen a procurar la salud eterna de los hombres y a aumentar la gloria de Dios; esto es lo que nos garantiza, y nos lo garantiza, en fin, de una manera completa, esta oración sublime que el mismo Cristo, ántes de sus últimos tormentos, ofreció a su Padre rogándole que: «Ellos sean todos uno como vos, Padre mio, estais en mí, y yo en vos; y que ellos sean uno en nosotros,» y es imposible que el Padre celestial no escuche esta oración.

En cuanto a nosotros, Venerables Hermanos, nada deseamos mas como recoger de vuestra unión con la Santa Sede apostólica el fruto mas saludable y mas dichoso que hemos

los límites estrechos de una ciudad, ó de una provincia; está esparcido por todo el universo; este pueblo no pertenece a una época mas que a otra, y sus sentimientos no son de ayer; su historia tiene al presente mas de diez y ocho siglos, y desde su origen sus tradiciones no han variado. En fin, este pueblo no está exclusivamente compuesto de una clase social. Cuenta en su seno ricos y pobres, sabios é ignorantes, sacerdotes y seculares, y podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos, que todos estos hombres, bajo la relacion de la probidad, de la castidad, de la fidelidad a la palabra, del cumplimiento del deber, pertenecen a la mejor parte de la humanidad.

Despues de la alocucion del Santo Padre, han resonado nuevas aclamaciones con una energía que manifestaba la vivacidad de los sentimientos de la asamblea. Se cantó un salmo, el Santo Padre dió su bendicion a los asistentes, y despues se retiró.

La asamblea se ha dispersado lentamente bajo la impresion de las grandes emociones que habia experimentado al contemplar tan de cerca el rostro y oír la palabra de su pastor y de su gefe. Se encontraba en la tarde a un gran número de sacerdotes; estaban aún bajo el encanto de esta majestad penetrante de que está rodeado Pio IX. Este día, decian ellos, será en lo de adelante para nosotros de un recuerdo indeleble. Estos buenos sacerdotes no estaban solos allí. Los votos de sus parroquianos les han seguido. Desde el fondo de sus villas y de sus aldeas, están a la mira de lo que hacen, esperan con impaciencia sus noticias; a su vuelta, se querrá oír cien veces de su propia boca la relacion de lo que han visto. Hé aquí cómo las fiestas a las que nosotros asistimos tendrán por toda la tierra un gran eco, y serán ciertamente el punto de partida de una nueva recrudescencia de la fe.

Decir las aclamaciones, los *Evviva*, las demostraciones, el entusiasmo de todos estos excelentes sacerdotes a la vista del Santo Padre, es una cosa que apenas podrá imaginarse, pero

nunca describirse. Si el corazon de Pio IX ha sido, en estos últimos tiempos, amargado con agudos dolores, hoy, segun la expresion misma del augusto Pontifice, rebosa de gozo y de felicidad. *

Consistorio del 26 de Junio.

El 26 de Junio, trescientos sesenta y un cardenales y obispos asistian al consistorio público tenido con motivo de la concesion del capelo al cardenal-arzobispo de Sevilla. Este consistorio tuvo lugar en la sala donde se habian tenido ya los otros consistorios semi-públicos, es decir, en la inmensa sala que está sobre el vestibulo de la basilica de San Pedro. El Soberano Pontifice despues de haberse revestido las vestiduras pontificales, en la capilla Paulina, llegó a la sala del consistorio llevado sobre la *sedia gestatoria*, en medio de los *flabelli*, acompañado del Sacro-Colegio de cardenales y de los prelados de su corte. Despues de haber tomado lugar en su trono y recibido la obediencia de los cardenales, el Santo Padre ha recibido al nuevo cardenal, el que fué introducido por dos de sus venerables colegas, lo ha abrazado tiernamente, y le ha puesto, segun el ceremonial de estilo, el capelo cardenalicio.

Durante este tiempo, el abogado consistorial, Mr. Rolli, ha patrocinado, por la segunda vez, la causa de la beatificacion de la venerable sierva de Dios, María Rivier, fundadora de las hermanas de la Presentacion.

El cardenal de la Lastra y Cuerta recibió el abrazo fraternal de cada miembro del Sacro-Colegio, y habiendo ocupado su lugar, el Soberano Pontifice tomó la palabra, y con una voz fuerte y acentuada, pronunció una alocucion que está destinada a producir en todas partes una impresion pro-

* Véase Le Monde del 1º de Julio.

funda. El Santo Padre anuncia de una manera oficial la convocacion de un concilio ecuménico.

Despues de la alocucion, el Papa se retiró con los cardenales y la corte pontificia. El Sacro-Colegio fué en seguida procesionalmente, con el nuevo cardenal, a la capilla Sixtina para el canto acostumbrado del *Te-Deum*.

Al fin del consistorio público, se ha dado a cada cardenal y a cada obispo, de parte del Papa, una soberbia medalla de plata, admirablemente grabada por M. C. Voigt. En uno de sus lados se ve representado a Nuestro Señor, de pié, coronando con cada mano, a San Pedro y a San Pablo igualmente de pié y apoyándose sobre la cruz invertida y la espada, instrumentos de su martirio. Alrededor de la medalla se lee: *Princeps apostolorum. Doctor gentium*, y en el exergo ó parte inferior: *Isti sunt triumphatores et amici Dei*. Sobre el otro lado de la medalla se lee:

PIO IX
PONTIFICE MAXIMO
III KAL. JUL. AN. CHR. MDCCCLXVII
SÆCULARIA SOLEMNIA IN URBE ACTA
OB TRIUNPHALIS MEMORIAM DIEI
QUI PETRUM APOSTOL. PRINCIPEM
ET PAULLUM DOCTOREM ORBIS TERRARUM
VICTORES COELO INTULIT
DOMINÆQUE GENTIUM ROMÆ
NOMEN ET GLORIAM ADSERVIT
MATRIS ET MAGISTRÆ
OMNIUM POPULORUM.

Alocucion de Nuestro Santísimo Padre el Papa.

Venerables hermanos:

En medio de nuestras crueles amarguras, es para nosotros

un gozo y un consuelo singulares gozar de nuevo de vuestra presencia y de vuestra afluencia tan preciosas, así como poder dirigiros la palabra en esta magnífica asamblea.

Vosotros, en efecto, conducidos a esta ciudad de todas las regiones de la tierra a una señal de nuestro deseo y por la inspiracion de vuestra piedad; vosotros, tan eminentes por vuestra religion, llamados a compartir nuestra solicitud; vosotros no teneis nada más caro, en estos tiempos de calamidades, que traernos vuestros socorros para defender al catolicismo y procurar la salvacion de las almas, endulzar nuestros muchos pesares y dar las pruebas, de dia en dia mas extensas, de vuestra fidelidad, de vuestra buena voluntad, de vuestra obediencia hácia esta Cátedra de Pedro.

Nos hemos regocijado profundamente con vuestro aspecto, y ante este nuevo testimonio de vuestra piedad y de vuestro amor recordamos con gusto a todos aquellos que hasta este dia os habeis sacrificado a cuál más, con tal concordia, con un celo tan extraordinario, sin ahorrar los cuidados, sin dejaros desviar por la adversidad. Así, pues, este recuerdo tan suave y tan dulce, tan profundamente impreso en nuestra alma, y que debe permanecer siempre en ella, este recuerdo, es el que ha hecho que el sentimiento de nuestro reconocimiento y de nuestro afecto más vivo y más ardiente que nunca, tenga necesidad de esplayarse, libre y públicamente hácia todos vosotros por señales más manifiestas y por prendas más palpables.

Pero si este retorno rápido sobre el tiempo pasado nos penetra de tal consuelo, vosotros mismos, Venerables Hermanos, comprenderéis fácilmente, estamos convencidos de ello, qué gozo y qué amor arde hoy en nuestro corazon, miéntras que tenemos de nuevo la felicidad de gozar con vuestra presencia y con vuestro afecto, vosotros que desde las mas lejanas provincias católicas habeis venido cerca de nos a una simple insinuacion nuestra, y compelidos por vuestra piedad y vuestra adhesion.

Nada, en efecto, podia sernos más apetecible, nada mas

agradable, que encontrarnos en vuestra asamblea, que recoger los frutos de nuestra mútua reunion, sobre todo, para realizar estas solemnidades en las que todo lo que pasa ante nuestros ojos habla de la unidad de la Iglesia católica, del inmutable fundamento de esta unidad, del cuidado y de la gloria con los cuales esta misma unidad debe ser protegida y sostenida. Sí, todo habla de esta admirable unidad, por la que, como por una especie de canal, corren en el cuerpo místico de Cristo, los dones y las gracias del Espíritu divino, y que suscita en cada uno de sus miembros estos ejemplos de fe y de caridad, que tienen en admiracion al género humano todo entero.

Se trata, en efecto, Venerables Hermanos, en este momento, de decretar los honores de los santos a ilustres héroes de la Iglesia, quienes la mayor parte han triunfado en el glorioso combate del martirio. Los unos por defender el principado de esta cátedra apostólica, que es el centro de la verdad y de la unidad; los otros para revindicar la integridad y la unidad de la fe; otros, en fin, por reducir a la Iglesia católica a los hombres arrastrados por el cisma, han sufrido con gusto una muerte preciosa. De tal suerte, que el designio maravilloso de la divina Providencia resplandece aquí de un modo manifiesto, puesto que ella ha dado estos ejemplos de adhesion a la unidad católica y el triunfo de sus escogidos precisamente en los tiempos en que la fe católica y la autoridad de la Sede apostólica son atacadas por las maquinaciones mas implacables.

Se trata, ademas, de celebrar con ritos solemnes la memoria de este día de tan favorable agüero, en que el bienaventurado Pedro y su coapóstol Pablo, habiendo padecido hace mil ochocientos años en esta ciudad, el mas ilustre martirio, han consagrado con su sangre la ciudadela inexpugnable de la unidad católica.

¿Qué podia pues, haber, Venerables Hermanos, más apetecible para nosotros y más en armonía con el triunfo de tales mártires, que hacer brillar, en los honores que les son

debidos, con una claridad y una luz magníficas, los más bellos ejemplos y los más espléndidos espectáculos de la unidad de la Iglesia católica? ¿Qué cosa más justa que esta alegría por el triunfo de los Príncipes de los Apóstoles, que pertenecen a todo el universo católico, fuése aún realzada con vuestra presencia y con vuestro celo? ¿Qué mas conveniente, en fin, que el esplendor de tantos y tan grandes espectáculos fuése hecho mas brillante aún por la accesion de vuestra piedad y de vuestra alegría?

Pero esta piedad y esta union íntima con la Sede apostólica, no está solamente en armonía con las circunstancias y con vuestros sentimientos, Venerables Hermanos: importa, sobre todo, que nosotros saquemos de ella los frutos mas saludables, sea para sujetar la audacia de los impíos, sea para poderla dirigir en ventaja comun de los fieles y vuestra propia. Es necesario que los adversarios de la religion comprendan, al considerar esta union, cuál es la fuerza y la vida de esta Iglesia católica que no cesan de perseguir con su odio; que aprendan cuán insensata é inepta es la injuria que le dirigen cuando la acusan de haber agotado sus fuerzas y de faltar a su destino; que aprendan cuán mal inspirados están al fiarse de sus propios éxitos, de sus esfuerzos y de sus empresas, y que vean que no se podrá romper un haz de las fuerzas tal como el que Jesucristo y su virtud divina han colocado sobre la piedra de la Confesion de los apóstoles. Es necesario, pues, hoy, más que nunca, Venerables Hermanos, que todos los hombres vean claramente que no hay lazo estrecho y seguro entre las almas, sino en donde reina sobre todos el solo y mismo espíritu de Dios; y que si los hombres abandonan a Dios y desprecian la autoridad de la Iglesia, no llegarán a esta felicidad que buscan en la vía del crimen, sino que serán precipitados miserablemente en las más crueles discordias y en las más funestas tempestades.

Que se considere la ventaja comun de los fieles, Venerables Hermanos, ¿qué puede haber para las naciones católicas de más saludable y de más favorable para el aumento de la